Hace unos años, después de dar una conferencia en una universidad de Nueva York, me vino a ver una estudiante y me dijo que, después de haber leído mis artículos y libros, estaba muy interesada en hablar conmigo para poder utilizar mis metodologías en su tesis doctoral. Hasta aquí no habría nada de extraño si no fuera por el hecho de que la chica era totalmente ciega. La verdad es que no pude esconder ni mi sorpresa ni mi curiosidad, por lo que le pregunté cómo había podido leer mis trabajos si no podía ver absolutamente nada. Ella se puso a reír, se sentó delante de una máquina un tanto extraña y apretó un botón. Automáticamente se oyó una voz mecánica que leía en voz alta uno de mis artículos. Era una especie de ordenador que escaneaba los escritos y transformaba los impulsos electrónicos en palabras orales. Toda una maravilla de la ingeniería.

Aquella misma noche, al llegar a mi hotel, me puse a pensar en los científicos que habían descubierto las leyes de la física que permiten lo que yo consideré un fenómeno extraordinario. Pensé en los ingenieros innovadores que habían transformado esos principios físicos básicos en tecnología útil. Pensé en los empresarios que habían tenido la visión de producir, distribuir y vender esos aparatos por todo el mundo. Pensé en los trabajadores que habían fabricado cada uno de los miles de componentes que formaban ese complejo aparato informático. Y pensé que, con toda probabilidad, ninguno de esos individuos era lo que podríamos considerar un «benefactor de la humanidad» en el sentido de que no hacían su trabajo con el objetivo de alcanzar el bienestar de los demás. Más bien al contrario. Estoy convencido de que la única característica que todos esos individuos tenían en común era el ánimo de lucro individual, el afán de ganar dinero o fama con la invención, el dise-

no, la producción o la distribución de esos ordenadores para ciegos. Pero el resultado final era que, al buscar el beneficio individual, entre todos habían conseguido hacer un gran bien a todos los miles de personas invidentes que, de ese modo, podían estudiar y trabajar en condiciones de mayor igualdad con sus compañeros videntes. Al buscar el beneficio egoístamente, entre todos habían dado a esa estudiante de Nueva York lo que ningún tipo de programa gubernamental basado en la compasión, la solidaridad y la caridad hubiese podido conseguir: la capacidad de desarrollarse como persona en lugar de sobrevivir como minusválida.

Este incidente me confirmó que la iniciativa de miles de individuos particulares es mucho más poderosa y creativa que ningún gobierno benevolente, y que puede alcanzar metas que la burocracia de ningún país del mundo podría tan siquiera llegar a imaginar... en beneficio de todos. Me recordó, una vez más, el enorme poder que tienen los mercados cuando funcionan en libertad.

1

El papel de los mercados en la economía moderna

Cada mañana, al levantarnos, encontramos pan tierno en la panadería de nuestro barrio. ¿Alguna vez se han preguntado ustedes por qué ocurre esto? ¿Por qué la propietaria de la panadería hace todo ese pan cada día? La fascinante respuesta a esta pregunta representa la esencia de la economía de libre mercado. Aunque parezca mentira, a la panadera nadie le ha dicho qué tipo de pan debe producir ni qué cantidad debe hacer diariamente. No ha seguido ninguna orden de ningún político o de ningún planificador que sepa lo que quieren comprar los ciudadanos. La señora tampoco se levanta cada día a las cuatro de la madrugada simplemente porque es una buena persona que se siente solidaria con la gente del barrio y porque quiere que sus vecinos tengan pan recién salido del horno para desayunar. Bien, en realidad, es posible que sea muy buena mujer e incluso puede que sea extremadamente solidaria. Pero esa no es la razón por la que hace pan. Cuando decidió arriesgar su dinero para montar una panadería, no lo hizo pensando altruistamente en sus vecinos, sino movida por un afán de lucro y el deseo de ganarse la vida y asegurar el futuro económico de sus hijos. Y son, precisamente, esas ganas de ganar dinero las que hacen posible que todos acabemos disfrutando de pan fresco cada día.

Seguramente la historia empezó cuando, un buen día, la señora observó que en el barrio no había ninguna panadería y pensó que aquello podría representar una oportunidad de negocio. Es decir, pensó que si abría una panadería quizá podría ganar suficiente dinero como para ganarse la vida. Calculó cuánto le costaría alquilar el local y comprar los hornos. Se informó sobre los precios de la harina, del agua, de la levadura, del gas, de la electricidad y de las demás materias primas que debería adquirir diariamente para hacer el pan. También calculó cuánto le costaría contratar a un par de

dependientas y a un hornero. Hizo estimaciones sobre el precio al que podría vender el pan. Con toda esa información, le pareció que obtendría unos beneficios que le iban a permitir ganarse la vida y decidió hacer la inversión. Montó la panadería (y, de paso, creó nuevos puestos de trabajo) y facilitó la vida de los vecinos del barrio que han podido disponer de pan tierno cada mañana.

La esencia de la economía de mercado es que la propietaria de la panadería supo ver las necesidades de la gente del barrio y calculó que podía ganar dinero poniendo una tienda que satisficiera dichas necesidades. Es importante enfatizar que el objetivo de la mujer era ganar dinero y no hacer feliz a los demás. Ahora bien, para ganar dinero, la mujer tenía que producir lo que la gente del barrio quería. Es decir, para ganar dinero debía hacerles felices. Si la mujer hubiese montado una tienda de productos que nadie quisiera comprar, enseguida se hubiese arruinado y hubiese tenido que cerrar. Así pues, la libertad de montar una empresa en una economía de mercado hace que se satisfagan las necesidades de los ciudadanos gracias al deseo egoísta que tienen los empresarios de ganar dinero.

Una pregunta interesante es: ¿cómo se dio cuenta de que el barrio necesitaba una panadería? Es decir, ¿cómo supo que habría suficiente demanda de pan? Es posible que la señora se pasara semanas enteras haciendo encuestas entre los vecinos para preguntarles qué tipo de pan y barras iban a comprar. Pero lo más seguro es que no hiciera eso. Y, de haberlo hecho así, no le hubiese servido de mucho. En la economía de mercado, la propietaria no necesita mucha más información que la que le proporcionan los precios. Y no me estoy refiriendo únicamente al precio del pan sino también al de la harina o la levadura, a los salarios que deberá pagar a los trabajadores y al alquiler del local. En una economía de libre mercado, los precios aportan la información necesaria, ya que reflejan la escasez de cada uno de los productos en relación con la cantidad que la gente desea comprar. Por ejemplo, si en un pueblo hay mucha gente con ganas de consumir pan y no hay ninguna panadería que lo venda, estarán dispuestos a pagar mucho por una barra (por ejemplo, preferirán pagar más si con eso evitan tener que conducir hasta el pueblo vecino cada día, simplemente para comprar pan). El precio del pan será, pues, muy elevado, y ello reflejará correctamente el hecho de que, en ese pueblo, hay mucha demanda y poca oferta de pan. La posibilidad de vender pan a precios altos comportará cuantiosos beneficios y es esa posibilidad la que acabará por atraer a nuevos emprendedores que montarán panaderías. Así pues, el sistema de precios informa que es necesario producir pan en aquel determinado pueblo y este tipo de información es aprovechada por los empresarios para decidir que se debe producir y dónde se debe producir.

Es importante señalar que para que las empresas acaben satisfaciendo los deseos de los consumidores es necesario que éstos tengan la capacidad de escoger libremente entre diferentes alternativas. Esta libertad de elección por parte de los consumidores impone una disciplina (que recibe el nombre de disciplina de mercado) a las empresas productoras. Por ejemplo, si la propietaria de la panadería hace un pan que no gusta a los clientes o que es demasiado caro, los ciudadanos irán a comprar a la panadería de la competencia. Ello indicará a la propietaria que está haciendo las cosas mal y que, o bien rectifica, o bien deberá cerrar el negocio. Hay que insistir en que la disciplina de mercado sólo se da si el cliente dispone de información suficiente y si existen panaderías alternativas entre las que los clientes bien informados puedan elegir libremente. Es decir, si hay competencia. Huelga decir que si la panadería es la única productora del pueblo y los clientes sólo pueden comprar pan en ella, el propietario puede poner unos precios abusivamente altos y producir un pan de calidad abusivamente baja sin que los clientes pueden hacer nada para evitarlo. Cuando no hay alternativas, no hay disciplina y el empresario no tiene incentivos para cambiar su conducta explotadora. Esta falta de competencia se llama situación de monopolio. Para que una economía de mercado produzca los bienes y servicios que piden los consumidores a los precios más asequibles posible, es necesario que no haya monopolios, sino competencia entre las distintas empresas.

Cabe destacar que la posibilidad de elegir libremente entre diferentes alternativas hace que el intercambio voluntario a través del mercado sea beneficioso para ambas partes. Es decir, el hecho de que una de las partes salga ganando no significa que la otra salga perdiendo. Que la propietaria de la panadería obtenga beneficios vendiendo una barra de pan no significa que el comprador que da dinero a cambio de la barra salga perdiendo. La razón es bien simple: si compra pan de manera voluntaria, es decir, si tiene la opción de no comprar pan o de comprarlo en otra panadería y decide comprarlo ahí, es señal de que le interesa hacerlo y, por lo tanto, sale ganando con ello. Ahora bien, también hay que insistir en que para que salga ganando es necesario que el intercambio sea voluntario, informado y libre de cualquier coacción y obligación.

Vemos, pues, que la competencia, la iniciativa privada y el libre funcionamiento del sistema de precios son muy importantes para que

una economía de mercado termine produciendo lo que los ciudadanos desean y beneficiando a todas las partes que participan del intercambio voluntario y libre. Como decía Adam Smith, el libre mercado actúa como una especie de «mano invisible» que conduce a cada empresa a producir lo que los consumidores quieren.

A pesar de este principio básico de la economía, muchos gobiernos de todo el mundo introducen regulaciones o barreras que impiden el libre funcionamiento del mercado. A menudo, esas regulaciones responden a buenas intenciones. El problema es que las buenas intenciones no siempre bastan para garantizar buenos resultados y hay que sopesar cuidadosamente sus consecuencias. Por ejemplo, imaginemos que el gobierno, muy benévolo él, decide que todos los ciudadanos tienen derecho a comprar una barra de pan cada día. El gobierno estima que al precio de mercado de un euro habrá mucha gente pobre que no va a poder comprar pan por lo que, para arreglar la situación, establece una ley que fija el precio a 25 céntimos por barra. En principio, esa legislación bienintencionada debería tener efectos positivos. Al fin y al cabo, ¿cómo se puede negar la posibilidad de comprar pan a los ciudadanos más necesitados? La pregunta importante, sin embargo, es: ¿cuáles serán las consecuencias de esta ley? Es decir, ¿se conseguirá con ella el objetivo de que todo el mundo tenga pan? Si analizamos las implicaciones, enseguida nos damos cuenta de que los propietarios de las panaderías del país pensarán que, a 25 céntimos de euro por barra, no podrán pagar el coste de la harina y la levadura, el alquiler del local y, además, pagar los salarios de los trabajadores y ganarse la vida, por lo que es posible que muchos de ellos (¡y quizá todos ellos!) decidan cerrar sus panaderías. Bajo estas circunstancias, la producción de pan caerá en picado, el preciado bien desaparecerá de la economía y se llegará a la situación exactamente contraria a la que se deseaba: el gobierno quería pan para todos y, en cambio, no hay para nadie. El problema radica en que, al haber impuesto un precio por ley y al haber eliminado de este modo el precio de mercado, la legislación del gobierno ha hecho que el precio de venta del pan no refleje las necesidades de la gente. Cuando esto ocurre, las empresas terminan por no producir lo que los clientes desean y se llega a la indeseable situación en la que no se produce pan, por más que los ciudadanos quieran consumirlo. El gobierno bienintencionado no sólo no alcanza sus objetivos sino que acaba perjudicando a todos los ciudadanos.

Una forma indirecta de interferir en los precios de mercado es a través de los impuestos. Todos sabemos que, para poder financiar el

gasto público, el gobierno debe recaudar dinero. Con este objetivo, aplica impuestos sobre la renta, sobre el valor añadido, sobre las transacciones patrimoniales, sobre la gasolina, sobre el juego, sobre las sucesiones, sobre los beneficios, sobre las donaciones, sobre el tabaco, sobre el patrimonio, sobre la tierra, y sobre todo lo que uno pueda llegar a imaginarse. Dejando de lado el empleo más o menos deseable que el gobierno haga de ese dinero, es necesario recordar que los impuestos distorsionan los precios de mercado y conducen a la toma de decisiones equivocadas. Cuando la propietaria de la panadería haga sus cálculos para decidir si puede montar la panadería y tenga en cuenta que, gracias al gobierno, deberá pagar impuestos sobre las rentas que obtenga, deberá cotizar a la Seguridad Social por cada contratado, deberá imponer el impuesto sobre el valor añadido o IVA y deberá pagar todo un abanico de impuestos adicionales, se dará cuenta de que los beneficios ya no son tan grandes como antes. De hecho, es posible que lleguen a ser tan pequeños que, en vez de formar la empresa, prefiera quedarse en casa sin hacer nada (¡sobre todo si, además, hay un subsidio de paro que le da dinero si no trabaja!). Y lo que le pasa a la propietaria de la panadería pasará en todas las actividades económicas: los impuestos distorsionan los precios y reducen los incentivos a producir. Por lo tanto, cuando el gobierno establezca impuestos deberá analizar siempre los efectos que éstos puedan tener sobre la actividad económica y deberá elegir entre aquellos que interfieran lo menos posible en la libre determinación de los precios de mercado. Es muy importante tener este factor en cuenta cuando se pide la intervención del Estado en la economía porque el gobierno debe financiar sus actividades con impuestos, y éstos distorsionan el libre funcionamiento de los mercados.

Pero antes de analizar el papel que debe desempeñar el gobierno en la economía, cabe decir que la historia nos ha mostrado que existen sistemas alternativos al del libre mercado. Uno de los que más admiradores y adeptos tuvo durante el siglo xx fue el sistema socialista de planificación central utilizado, por ejemplo, por los países de la órbita de influencia de la Unión Soviética. Ese sistema daba al gobierno la autoridad para decidir todo lo que se producía en la economía. Para conseguirlo, el gobierno creaba un «plan», que consistía en una serie de instrucciones y órdenes que indicaban a cada uno de los individuos de la sociedad dónde debía trabajar, qué debía producir y cómo hacerlo. A diferencia del sistema de precios de mercado (que, como hemos dicho, necesita muy poca información para decidir qué y cómo debe producirse), la econo-

mía socialista requería que el planificador central supiera exactamente qué se necesitaba en cada punto del país y quién podía producirlo, antes de poder escribir las órdenes en el plan. Y la necesidad de poseer una información que, en la práctica, no poseía, hacía que el sistema fuera inviable y que funcionara con enorme dificultad. Otro gran problema de la economía de planificación es que la remuneración que recibían los productores no tenía nada que ver con la satisfacción de los consumidores. Ya hemos dicho que la economía de mercado tiene la importante característica de que si los productores hacen bienes que no son del agrado de los consumidores, se arruinan y desaparecen. Esa necesidad de sobrevivir les lleva a producir lo que los clientes quieren comprar. Eso contrasta con el sistema de planificación, ya que los productores producían lo que decía el plan y su salario no dependía de si lo que habían hecho se vendía o era del agrado de los consumidores, por lo que no había incentivos a satisfacer las necesidades de los ciudadanos. En 1979 visité Varsovia, la capital de la Polonia comunista. Una de las cosas que más me chocó de aquel viaje fueron unos sostenes, unos espantosos sostenes que vi en una tienda de ropa. El espanto no radicaba en la falta de belleza de la prenda sino en su tamaño. Eran enormes. Yo no me podía imaginar que existieran mujeres de tan descomunales dimensiones en ninguna parte del planeta pero pensé que, si alguien había producido aquellos sostenes, es que debía haber mujeres con bustos capaces de rellenarlos. En aquellos momentos yo todavía no era economista. Años más tarde comprendí que mi razonamiento, basado en la lógica del mercado, no era cierto en un país socialista donde el sistema económico era tan malo que, a veces, acababa produciendo prendas femeninas cuya única utilización potencial era el rafting.

Finalmente, bajo el sistema de planificación, las ganancias personales o la situación económica de cada ciudadano no dependía de si el trabajo se hacía bien o mal. Eso les llevaba a producir cosas de bajísima calidad que nadie podía ni quería utilizar. La complicada red de información necesaria para hacer funcionar la economía planificada y el poco interés que ponían los productores en hacer las cosas bien o en hacer las cosas que la sociedad necesita, hicieron que el sistema fracasara miserablemente y que se abandonara a finales del siglo xx. Hoy en día, son pocos los que dudan que el mejor sistema económico que ha existido en la historia de la humanidad es el de libre mercado y pocos son los que todavía proponen la planificación central.

2

¡Es que ni adrede!

La historia nos ofrece algunos episodios que demuestran la superioridad de las economías de libre mercado sobre las de planificación central. Si alguien hubiera diseñado experimentos adrede, no hubiese conseguido dar forma a ejemplos más ilustrativos.

El primer episodio es el de Alemania. Los azares de la Segunda Guerra Mundial quisieron que la parte oriental del país terminara en manos soviéticas y la parte occidental en manos aliadas. El advenimiento de la guerra fría llevó a la creación, en 1949, de dos estados independientes. El lado occidental (denominado República Federal Alemana) adoptó un sistema de libre mercado abierto al exterior. El lado oriental (que se llamó República Democrática Alemana) adoptó políticas socialistas de planificación central, de cierre económico y de aislamiento. Los resultados son bien conocidos: la República Federal experimentó un proceso casi prodigioso de recuperación y crecimiento económico, mientras que la República Democrática se fue empobreciendo miserablemente. La República Federal se convirtió en un país libre y democrático, mientras que la República Democrática derivó hacia una dictadura en la que abundaban los gulags, la censura y las persecuciones políticas, y donde lo único que había de democrático era el nombre. La República Federal se convirtió en un país que atraía a millones de emigrantes de todo el mundo mientras que la República Democrática no sólo no atraía a nadie, sino que veía cómo miles de sus ciudadanos pagaban hasta con la vida los intentos de escapar del infierno en que se había convertido el país. La República Federal se convirtió en uno de los líderes del movimiento ecologista mientras que la República Democrática se erigió como uno de los líderes de la contaminación y de la suciedad. El único aspecto en el que la República Democrática parecía ser superior era en la obtención de medallas en los juegos olímpicos. Pero incluso aquella supuesta superioridad deportiva era un espejismo, una farsa basada en la utilización ilegal de dopaje con efectos secundarios perjudiciales para los implicados quienes, con el paso de los años, terminaron siendo piltrafas humanas, ignorados por el sistema que los había utilizado como conejillos de Indias con finalidades propagandísticas y para mayor gloria del Estado.¹ Cuando el muro de Berlín cayó y el país se reunificó en 1990, la República Federal tenía una renta per cápita cuatro veces mayor que la de la República Democrática. Las diferencias entre los dos países eran tan grandes que Alemania se convirtió en uno de los ejemplos históricos más claros que nos ilustran qué puede ocurrir cuando un país se cierra a las influencias del mercado.

Un ejemplo parecido lo encontramos en Corea. Antigua colonia japonesa liberada al final de la Segunda Guerra Mundial, la península de Corea se dividió en dos países independientes en 1945. La zona norte, que se llamó República Popular Democrática de Corea (aunque popularmente se conoce con el nombre de Corea del Norte), fue dominada por un gobierno comunista de planificación central, que aisló al país de las presuntas influencias malignas del capitalismo. La zona sur, que se denominó simplemente República de Corea (aunque se conoce popularmente con el nombre de Corea del Sur), introdujo la economía de mercado. En 1950, Corea del Norte atacó e intentó invadir repetidamente a sus vecinos del sur con la ayuda inestimable de China. Las agresiones terminaron por hacer estallar un conflicto militar entre los dos ex hermanos. Una vez terminada la guerra en 1953, los dos países estaban destrozados y con unos niveles de riqueza comparables a los de los países más pobres de África. A partir de aquí, Corea del Sur experimentó uno de los éxitos económicos más espectaculares del siglo xx. El «milagro» se consiguió gracias a la economía de mercado y a la integración del país en la economía mundial: tras un importante esfuerzo para dotar a la población de educación y formación profesional, Corea del Sur adoptó el modelo japonés, que se llama de promoción de exportaciones. El gobierno colaboró estrechamente con las empresas privadas para abrir la economía a las inversiones y a la tecnología con el objeto de especializarse en la producción para la exportación. Prácticamente todo lo que producían había sido inventado previamente en Estados Unidos, pero eso importaba poco. Lo importante era que las empresas coreanas conseguían crear ocupación y riqueza a base de producir y exportar a los mercados mundiales. Empezaron haciendo productos textiles sencillos y poco a poco fueron intentando producir objetos tecnológicamente más complejos: radios, relojes, casetes, tocadiscos, televisores, ordenadores, automóviles, hasta llegar a la ingeniería genética. El modelo de promoción de exportaciones, que ya había funcionado en Japón, y que funcionó maravillosamente bien en Corea, aumentó el bienestar económico de los coreanos a un ritmo jamás visto en la historia. Las tasas de crecimiento del 10% anual durante casi cuatro décadas la convirtieron en una de las naciones más ricas del mundo en menos de una generación. La libertad política se hizo esperar, pero finalmente también llegó con la aprobación de la nueva constitución democrática en 1988. Mientras tanto, los vecinos del norte, cerrados, aislados y socialistas, se iban empobreciendo hasta convertirse en uno de los países más miserables del planeta, con un nivel de mortalidad infantil comparable al de los países africanos. El día 15 de septiembre del año 2000, las dos Coreas participaron conjuntamente en el desfile inaugural de los Juegos Olímpicos de Sidney. La renta per cápita de Corea del Sur era catorce veces superior a la de Corea del Norte. El veredicto estaba claro: la economía de mercado había demostrado, una vez más, su enorme superioridad ante el desastroso sistema socialista de planificación central.

Los beneficios de la economía de mercado también han podido verse en países como Hong Kong, Singapur y Taiwán, que comparten habitualmente con Corea del Sur el calificativo de *dragones asiáticos*. Estos países siguieron más o menos el mismo proceso de industrialización, crecimiento y progreso basándose en la promoción de las exportaciones que he descrito para Corea.

Algunos observadores opinan que los dragones asiáticos son un ejemplo de la necesidad de que el gobierno dirija el proceso de desarrollo y proteja y dé subsidios a determinados sectores económicos. La razón es que, siguiendo el dirigista «modelo japonés», los gobiernos de algunos de estos países elegían cuáles eran las industrias que debían desarrollarse prioritariamente. Luego, los ministerios de industria y economía reducían los impuestos a estas industrias y obligaban a los bancos a darles un financiamiento

^{1.} El caso más esperpéntico fue el de la lanzadora de pesas Heidi Krieger, a quien inyectaban una dosis de 25 miligramos de testosterona cada día. El afán de ganar medallas hizo que las autoridades no se detuvieran a estudiar los efectos secundarios que tantas hormonas masculinas podían tener sobre la pobre Heidi. A la chica le empezó a crecer algo más que pelo. Actualmente, y tras oficializar el cambio de sexo, Heidi luce un flamante bigote y se la conoce con el nombre de Andreas Krieger.

preferencial barato. Todo esto podría llevarnos a concluir que el éxito de estos países se debe en gran medida a la intervención del Estado que impidió el libre funcionamiento de los mercados. Los analistas que llegan a esta conclusión olvidan a menudo que ha habido muchos sectores que el gobierno intentó desarrollar en los que se han dilapidado miles de millones de dólares y en los que nunca se obtuvo nada positivo. El economista Marcus Nolan del Institute for International Economics, por ejemplo, demuestra que la mayor parte de los subsidios del gobierno coreano fueron a parar a la agricultura y no, como a menudo se dice erróneamente, a los sectores industriales responsables del crecimiento económico del país como el automovilístico o el de la electrónica. Otros ejemplos los proporcionan la industria del acero, la construcción naval y la aviación en Japón, que recibieron enormes ayudas públicas, pero no contribuyeron demasiado al progreso económico del país nipón. Es más, uno de los éxitos más sonados de Japón es, sin duda, el de la industria automovilística, industria inicialmente catalogada como no prioritaria por el Ministerio de Industria. Dada la ventaja que tenían los norteamericanos en este sector, el ministerio pensó que sería mejor dedicarse a otros asuntos. Afortunadamente para Japón, los empresarios de Toyota, Honda y Mitsubishi no hicieron caso al ministro y siguieron mejorando la calidad de sus coches. La continuación de la historia de la industria automovilística japonesa es bien conocida.

El hecho de que algunos de estos países asiáticos hayan conseguido crecer con un cierto dirigismo por parte del gobierno mientras que otros necesitaran poca intervención estatal, junto con el hecho de que algunos sectores importantes que el gobierno decidió desarrollar fracasaran miserablemente nos debe llevar a la conclusión de que el dirigismo estatal no fue ni mucho menos la clave que los condujo a la prosperidad. Por el contrario, la introducción de los mercados y la abertura al exterior sí representan un factor

común a todos estos países asiáticos.

Los pasos de Japón y de los cuatro pequeños «dragones» fueron seguidos por los países llamados «tigres» del sudeste asiático (Malaisia, Tailandia e Indonesia), quienes también abrieron sus economías a los mercados y siguieron políticas de promoción de exportaciones. Los resultados también han sido espectaculares, a pesar de la crisis económica que padecieron en 1998, crisis que discutiremos en el capítulo 16.

Finalmente, tenemos dos importantes y emblemáticos ejemplos más. Se trata de las dos economías más pobladas del mundo: China y la India. Mientras estos dos países mantuvieron políticas socialistas de planificación central y se mantuvieron cerradas al exterior, la población (que suma casi un tercio de la población mundial) vivió en la miseria más absoluta. El «gran salto hacia adelante» maoísta resultó ser un gigante paso hacia atrás. En 1978, el sucesor de Mao, Den Xiao Ping, introdujo un programa de reformas que abrían (tímidamente, eso sí) la economía a las influencias de los mercados. Paulatinamente, China empezó a privatizar las explotaciones agrícolas y a abrir la economía al exterior, fomentando a la vez las políticas de promoción de exportaciones que tan bien funcionaban en los milagrosos países del este de Asia. Paulatinamente, los productos made in China empezaron a aparecer en nuestros centros comerciales y el progreso no tardó mucho en llegar. Gracias a unas tasas de crecimiento de entre el 7 y el 10% anual, la renta per cápita se cuadruplico en menos de veinte años. En 1999 se convirtió en la segunda potencia mundial en términos de producción y renta total. Durante ese año, los trabajadores chinos ganaron 80.000 millones de dólares gracias a sus exportaciones a Estados Unidos. Con las exportaciones, que siguen ascendiendo cada año, aumentan los salarios, las rentas y el bienestar de los trabajadores locales.

La India empezó a seguir ese mismo camino una década más tarde. Se eliminaron las numerosas trabas burocráticas que generaban corrupción y limitaban la libre competencia, a pesar de que, a menudo, respondían a intentos bienintencionados por parte de los gobiernos socialistas de proteger las industrias y a los trabajadores locales. Las tasas de crecimiento positivas no se han hecho esperar v en la última década han alcanzado niveles del 7% anual. Además del crecimiento económico, la introducción de mercados en China y la India ha permitido erradicar la pobreza a unos ritmos jamás vistos en la historia de la humanidad: centenares de millones de personas han dejado oficialmente de ser pobres y más de dos mil millones se están beneficiando del éxito notable que tienen los dos países más grandes del mundo. Lógicamente, aún queda mucho por hacer, ya que los procesos de liberalización chino e indio son lentos y todavía parciales: a pesar de las prodigiosas tasas de crecimiento de los últimos años, la renta per cápita china sigue siendo de 800 euros anuales. Ahora bien, el cambio de dirección experimentado por estos dos países al introducir mercados nos debe hacer ver el futuro con optimismo.